

EL PORVENIR DEL OBRERO

ARREGLEMOSE EL MUNDO

Sin duda, la sociedad presente, que llamamos cristiana y burguesa, no está bien constituida.

Sacerdotes y legisladores han organizado las cosas todas en su provecho y en contra de los hombres útiles.

Hay necesidad, no ya de reformas, sino de un cambio radical, de una transformación completa, de una organización nueva, tanto en el orden moral como en el económico.

El concepto del hombre y el de la vida precisa que se modifiquen totalmente, pues mientras pensemos que ese mundo es un valle de lágrimas, que el hombre es hijo del pecado y que los de condición humilde han nacido para servir a los ricos y poderosos, inútil será cambiar las formas de gobierno y los nombres de los gobernantes, porque el mal no está en los nombres ni en las formas, sino en el equivocado concepto que el hombre tiene de sí mismo.

Aspiramos a una organización de la sociedad humana en que los hombres libres e iguales por su naturaleza, puedan gozar efectivamente de la libertad y la igualdad con todas sus bienhechoras consecuencias.

No buscamos una ley ni un gobierno que nos proporcionen tales beneficios; por el contrario, menospreciamos las palabras engañosas y queremos la realidad conquistada por nosotros mismos y asegurada para nuestros descendientes.

Si esperamos que la revolución venga y que la modificación se realice para disfrutar luego tranquilamente las ventajas del nuevo orden de cosas, viviremos de ilusiones, pero no haremos apresurar un paso la evolución, ni podremos considerarnos dignos habitantes de la ciudad futura, porque no habremos contribuido a edificarla ni a embellecerla.

Abominar de lo actual es muy poco; no basta; es preciso que procuremos derribarlo y que hagamos por sustituirlo.

La ciudad del porvenir, la sociedad de los hombres libres viviendo en la paz y en la mayor abundancia que permitan las condiciones de nuestro planeta y la inteligencia y el trabajo, no se edificará por sí sola; necesitará constructores hábiles y esforzados; necesitará también organizadores inteli-

gentes y moralmente buenos, limpios de los bajos instintos y ruines pasiones que la sociedad actual crea y fomenta.

Ahora es muy difícil ser bueno; es también peligroso; el trabajador no puede cultivar su inteligencia ni formar su carácter como sería necesario, porque carece de tiempo y de medios para instruirse y educarse; los hijos de los trabajadores corren las calles con los pies descalzos, descuidados por sus padres, maltratados por vecinos y transeúntes, golpeados por guardias y polizontes, aprendiendo todos los vicios y todas las vilezas; si alguno de ellos sale, a pesar de todo, generoso y confiado, ya se encargan los corrompidos de aprovecharse y escarmentarle.

Sin embargo, de entre los hombres que así se criaron y que luego al crecer se encontraron con la explotación del taller, con las mentiras de los políticos, con la injusticia reinando y la mala fe triunfando por todas partes, de entre estos hombres que todo contribuye a pervertir y que deberían ser todos muy malos, pero que no lo son, porque hay un fondo inmenso de bondad en la naturaleza humana, de entre estos hombres han de salir los rebeldes al mal, los soñadores del bien, los que han de hundir el mundo actual con todas sus iniquidades y han de abrir el camino al mundo nuevo, en que se podrá ser bueno, porque las causas sociales del mal habrán desaparecido.

La bondad de estos hombres, su amor a la familia, su fraternidad con los compañeros, su solidaridad con todos los que hoy sufren, su indignación ante la injusticia, son las grandes cualidades que derribarán el mundo viejo y edificarán el nuevo.

Cuanto mejores seamos, más revolucionarios seremos también; porque nos veremos más alejados de la maldad hoy dominante y más cerca de la sociedad libre que apetecemos.

El mejoramiento moral que deseamos no podrán decirnos que sea un sueño si todos ven que lo tenemos realizado ya en nosotros mismos, en la vida práctica, no como una esperanza en lo porvenir; sino una realidad presente; la libertad más ilimitada no inspirará recelos a ninguno si todos ven que somos dignos de ella los que la anhelamos.

Somos malos por adaptación al

ambiente, porque nos acomodamos al modo de ser actual de la sociedad; ésta nos hace malos y nosotros siendo malos fortalecemos la sociedad presente, que crea el mal y vive del mal; por esto el ser bueno y digno y justiciero constituye la mayor rebeldía contra la actual sociedad.

Si fuésemos buenos como hemos imaginado que han de ser los hombres de la sociedad futura, si comenzásemos a vivir en lo posible la vida de la libertad y de la fraternidad, si en las relaciones con los compañeros en particular y en general con todos los seres humanos ejercitásemos y desarrollásemos las cualidades buenas que están en nosotros y que el ambiente actual acalla y dificulta, podríamos decir que en nosotros y en lo que de nosotros depende tenemos ya el socialismo y la anarquía y la libertad y la igualdad y todo cuanto hemos soñado hermoso y grande para el porvenir.

A veces para desalentarnos hay quien dice que trabajamos para los nietos; pero si supiésemos comenzar a vivir nuestros ideales dentro de nosotros y con nuestra conducta abriésemos camino a lo que ha de venir, nuestros conciudadanos recibirían el ejemplo y nuestros hijos se educarían en mejor ambiente y el perfeccionarse más sería más fácil; y la cosecha de bondad que viésemos germinar nos llenaría de alegría porque podríamos ver que no habíamos sembrado en tierra estéril.

Hablar contra el mal y dejarse arrastrar por el mal; gritar contra lo existente y acomodar nuestra conducta y nuestros pensamientos a lo existente; pretender modificar el mundo y no empezar por modificarnos a nosotros mismos, sólo es perder el tiempo y clamar en el desierto, porque las palabras no abonadas por la conducta son palabras vacías.

Fuera muy triste que después de la revolución, cuando la sociedad se organizase conforme con nuestros ideales, al entrar victoriosos en la ciudad de nuestros ensueños, descubriésemos que éramos moralmente indignos de habitar en ella.

Hay que arreglar el mundo, sin duda; pero también cada uno debe procurar arreglarse a sí mismo; nuestra rebeldía, más que contra el mal que hay en lo externo, se ha de dirigir a expulsar el mal que está dentro de nosotros; la refor-

ma de la sociedad ha de comenzar por la reforma interior de los que se llaman rebeldes y reformadores.

Juan Cualquiera.

Se persigue ante los tribunales a las viejas que sustraen dinero a las criadas con el pretexto de atraerles el corazón volubre de sus amantes; pero en cambio se honra y se retribuye a hombres que sacan dinero a las mismas criadas con el pretexto no menos falaz de librar del fuego del purgatorio, por medio de prácticas irracionales, a sus padres difuntos.

Max Nordeau.

¿Por qué se matan?

Leemos en *El Socialista*, de Madrid:

«No hay noticias del Rif.

»A los moros parece que se los ha tragado la tierra y a nuestros soldados se los va tragando poco a poco.

»Los que no mueren a consecuencia de las múltiples enfermedades que el clima y el abandono producen, se eliminan ellos mismos paulatinamente de la lista de los vivientes.

»Parece que los suicidios alcanzan allí una cifra aterradora.

»No sólo los soldados atacan contra su vida, sino también los oficiales.

»Tan repetidos hechos dan la impresión de que nuestro ejército de operaciones no debe vivir precisamente en un paraíso, cuando tantos buscan en la muerte la solución del problema.»

¿Por qué se matan?

Se pretende hacer creer que el suicidio proviene siempre de trastorno mental; pero todos sabemos que no es cierto; pues la mayoría de los que buscan voluntarios la muerte lo hacen después de larga reflexión e impulsados por motivo suficiente.

En este asunto nadie obra de ligero ni por hacer broma.

No son los suicidas locos ni cobardes; para dominar el instinto de conservación y renunciar a la vida se necesita mucha energía y razones muy poderosas.

¿Cuáles son las razones que obligan a nuestros soldados a darse la muerte por sí mismos?

No lo sabemos; tal vez no lo sabremos nunca; y si lo supiésemos no podríamos decirlo.

Hay en España una ley que nos impide hablar con sinceridad y verdad.

Simplicio.

LA ENSEÑANZA

En materia de enseñanza, cuando se trata de libertad, ¿de qué libertad se trata? ¿De la del padre de familia, de la del Estado o de la del niño? ¿Qué intereses han de ponerse en salvo: los de los que dan la enseñanza o los de los que la reciben? ¿En qué derechos conviene inspirarse sino en los del destinado a ser el beneficiario o la víctima de la enseñanza?

Como quiera que se plantee el asunto, la respuesta ha de ser la misma: hay que asegurar la libertad, poner a salvo los intereses y garantizar el derecho del niño.

La figura del niño domina el problema, y en este punto de partida firme y lógico, no puede haber equívoco ni confusión.

¿A quién pertenece el niño?—A la familia, según unos; al Estado, según otros.

Los primeros reservan exclusivamente a los padres el derecho de darle educadores y la enseñanza de su elección.

Los segundos proclaman que el niño, futuro ciudadano, perteneciendo al Estado, éste tiene únicamente la facultad de educar e instruir.

Los partidarios del derecho paternal, denominándose liberales, quieren una libertad que se convierte en la tiranía paternal y en la confiscación de la libertad del niño.

Los partidarios del derecho del Estado van al monopolio, al despotismo gubernamental y a la domesticación de las inteligencias infantiles.

Pues a la pregunta ¿a quién pertenece el niño? respondo resueltamente: ni a la familia ni al Estado; sino a sí mismo. Y al supuesto derecho de la familia y del Estado, cuyas entidades no tienen respecto del niño débil, ignorante y desarmado más que deberes, opongo el del niño.

El niño tiene derecho al pan del cuerpo, desarrollo físico; al pan de la inteligencia, desarrollo intelectual, y al pan del corazón, desarrollo de su ser efectivo; en consecuencia, la educación tiene por fin: físicamente, formar cuerpos sanos, robustos y bellos; intelectualmente, constituir inteligencias cultivadas, y moralmente, desarrollar corazones buenos, generosos y fraternales.

En lo tocante a la Enseñanza, es decir, a la constitución de inteligencias cultivadas, ¿qué conviene hacer?

En este punto el deber es doble:

1.º *Negativo*: Alejar la inteligencia del niño del error, de la preocupación y de la mentira.

2.º *Positivo*: Hacer que el niño conozca y ame la Verdad.

Pero, ¿dónde está la Verdad? ¿Quién la posee? ¿Quién puede considerarse como su detentador?

A esta capitalísima pregunta respondo: La Verdad no existe, se crea; no está detrás de nosotros, sino delante; es como la ciudad que se va edificando y que cada día se embellece y se ilumina.

Únicamente los dogmáticos y los metafísicos pueden enorgullecerse vanamente con la posesión de la Verdad y creerse con derecho a imponerla a los demás. Esos dogmáticos son siempre

peligrosos y como tales han de ser rechazados.

Ya que la Verdad se halla dentro de nosotros, es necesario dejar al niño que busque POR SÍ MISMO esa verdad cada vez más grande y luminosa hacia la cual nos dirigimos.

Si no poseemos LA Verdad, poseemos UNAS verdades.

Estas verdades son las nociones de las ciencias ya ciertas, demostrables y evidentes; son los conocimientos adquiridos, las realidades positivas, las proposiciones comprobadas y comprobables.

Estas verdades, en una palabra, forman el conjunto de conocimientos ciertos que constituyen en la presente el CAPITAL INTELECTUAL DE LA HUMANIDAD.

Poner este capital-saber (comunismo cerebral) a la disposición de todos los niños es lo que de nosotros exige el derecho de ese pequeño ser inteligente en periodo de formación y de desarrollo.

Sebastián Faure.

UN FUNCIONARIO

El hombre de quien dependía el mejoramiento de la suerte de los presos de San Petersburgo era un viejo general, originario de barones alemanes, de quien se decía que chocheaba un poco. Contaba largos años de servicios y numerosas condecoraciones, de las que sólo llevaba el botón de la cruz blanca.

Había ganado esta cruz, particularmente halagadora en el Cáucaso, por haber obligado a los campesinos, cortado el pelo, vestidos de uniforme y armados de fusiles y bayonetas, a matar millares de gentes que defendían su país, sus libertades, sus casas, sus familias.

Luego había servido en Polonia, donde, otra vez, había obligado a los campesinos rusos a cometer diversos crímenes, lo que le había valido nuevas condecoraciones y ornamentos para su uniforme.

También había prestado semejantes servicios en otras partes.

Entonces ocupaba esta plaza, que le valía buena casa, buen sueldo y honores.

Ejecutaba las órdenes venidas de lo alto con un rigor absoluto y tenía esta ejecución por cosa eminentemente apreciable; concediéndoles una importancia tan particular que consideraba que todo podía cambiar sobre la tierra, salvo esas órdenes.

Los deberes de su cargo consistían en mantener en las casamatas y en secreto los detenidos políticos de ambos sexos y esto de modo que la mitad hubiese desaparecido en el espacio de diez años: algunos perdían la razón, otros morían tuberculosos, o se suicidaban dejándose morir de hambre, abriéndose las venas con un trozo de vidrio, ahorcándose o quemándose vivos.

El viejo general sabía todo esto, porque lo veía diariamente por sus ojos; pero todos estos accidentes no herían más su conciencia que los accidentes producidos por las tempestades, las inundaciones, etcétera. Eran resultado de órdenes venidas de lo alto en nom-

bre del Emperador y tales órdenes debían ser ejecutadas a la letra; por lo tanto era completamente inútil preocuparse de sus consecuencias.

No pensaba en ello el viejo general, pues su deber de soldado patriota le prohibía toda reflexión que pudiese llevar ninguna debilidad al cumplimiento de las obligaciones de su cargo, en su opinión tan importantes.

Conformándose con el reglamento, giraba una vez por semana su visita a todas las celdas, informándose si los prisioneros tenían alguna queja o petición que hacerle, como efectivamente ocurría con frecuencia; el general les oía tranquilo, sin decir palabra; pero jamás daba curso a sus reclamaciones, porque sabía por anticipado que eran incompatibles con el reglamento.

León Tolstoi.

Higiene del cerebro

El exceso de trabajo intelectual, las emociones fuertes repetidas, las penas profundas, los extremos de calor o frío son otras tantas causas de perturbaciones psíquicas; pero más desastrosos son aún los venenos, llamados *cerebrales*, como el éter, el cloroformo, opio, el hashish y el alcohol. El opio y el hashish, muy usados en los países de Oriente, producen la imbecilidad, la demencia y la muerte. En cambio, Europa, y América, se intoxican con una substancia no menos terrible, el alcohol.

El alcohol es el veneno cerebral por excelencia, pues está probado que el tejido nervioso absorbe doble cantidad que los demás tejidos. Dejando a un lado las lesiones que produce en el estómago, en el hígado y en otras vísceras, vamos a enumerar ligeramente los trastornos que causa en los centros nerviosos.

Los fenómenos iniciales de la intoxicación alcohólica son la perturbación de la inteligencia y la vacilación en los movimientos. El alcoholizado siente hormigueos, sensación de quemaduras o de piojos en toda la piel, contracciones o calambres dolorosos o bien pierde gradualmente la sensibilidad. En los accesos de alcoholismo (*delirium tremens*), el paciente ve perros o fieras que tratan de despedazarle, ratas que le suben por las piernas o por las paredes, espectros espantosos, asesinos que le persiguen, abismos que se abren a sus pies. A estas alucinaciones de la vista se agregan las del oído (ruidos insoportables, gritos feroces, amenazas de muerte), las del olfato y las del gusto (el enfermo siente olores y sabores intolerables, dice que tratan de envenenarle, etc.). Este terror delirante, característico del alcohólico, engendra la manía del suicidio. Las estadísticas demuestran que el número de suicidas está en proporción con el de ebrios en cada país.

El alcoholismo crónico produce también una enfermedad terrible: la epilepsia, y engendra trastornos de la motilidad como el temblor de las manos, de los labios, párpados, etc., y, finalmente, la parálisis.

Pero dónde se hacen sentir más los efectos de esta peligrosa bebida es en la parte intelectual y moral del indi-

viduo. El alcohólico se embrutece y se degrada, se vuelve feroz e impulsivo, maltrata a su familia y es capaz de los actos más vergonzosos y criminales para satisfacer su vicio, se siente impulsado violentamente al suicidio, al asesinato y al incendio, y constituye un verdadero peligro para la sociedad. Su triste descendencia la compondrán niños idiotas, epilépticos, escrofulosos o paralíticos, degenerados que, cuando sean adultos, irán a poblar los presidios y los manicomios. Las naciones civilizadas deben empeñarse en combatir por todos los medios posibles el alcoholismo, que causa hoy más víctimas que todas las epidemias juntas.

C. G.

El Japón europeizado

La gran prensa burguesa, maestra en el ovejuno arte de doblar el espinazo ante los poderosos, ha quemado estos días todo su incienso en honor y gloria del recién fallecido emperador nipón. Según estos *plumíferos* a él se debe que aquel pueblo asiático haya entrado por la vía del progreso europeo, con su constitución democrática, su industrialismo moderno, sus costumbres occidentales, sus guerras de conquista, su poderío militar... No lo pongamos en duda. Ya que los fieles nipones, arrodillados también ante el cadáver de su *divino* amo, no protestan, con su pan se lo coman. Digamos tan sólo nosotros, por único comentario de su muerte, que si el emperador japonés ha sido, como la prensa europea quiere dar a entender, el dispensador de mercedes tantas, lógicamente es de suponer que también fué el dispensador de cosas que no son precisamente mercedes. Se es o no se es Dios, con todas sus consecuencias. Y los hechos nos dicen que aquellos fieles súbditos deshechos en rezos y lágrimas ante el cadáver de su ídolo están a la altura del betún, que si brilla, no alimenta. Véase si lo que dicen los hechos, contados por un periódico monárquico barcelonés, *La Vanguardia*, valen la pena de tanto ditirambo necrológico.

El proletariado de Tokio

Desde que se efectuó la reforma de la capital del Japón, han desaparecido los distritos de proletarios y pobres, siendo reemplazados por amplias vías que actualmente son las más brillantes y concurridas de Tokio. Muy extraño parecerá al lector europeo el hecho de que todo este terreno pertenecía en propiedad al gremio de los mendigos, que en Tokio, así como en Yokohama, cuentan entre los gremios más ricos que existen en el Japón. Esta aparente contradicción va estrechamente unida al sistema de castas, imperante en el Japón, y según el cual todos los mendigos pertenecen a una casta, que acumula riquezas, aun cuando cada miembro de ella sigue siendo un misero por Diosero.

Además de los mendigos profesionales pertenecen a la casta los traperos, que día por día recorren las calles con sus canastas de bambú en la espalda, en busca de trapos y papeles viejos. Consideráanse también, como formando

parte de ellos; a los hombres cuya ocupación consiste en limpiar pipas, y que con su maquinilla, adaptada sobre un carrito, van en busca de trabajo, y anuncian su presencia por medio de estridentes silbidos. Asimismo pertenecen a dicho gremio los músicos y cantantes callejeros, casi todos ciegos.

Los traperos han levantado sus lares en el distrito de Shitaya, en tanto que los mendigos se acumulan en el de Asakusa, donde se encuentra el templo de Kanon, la diosa de la misericordia, que diariamente es visitado por centenares de personas. Los músicos callejeros moran con preferencia en Shinami, y la inmensa masa de jornaleros sin oficio vive en Fukagorva, donde se encuentran los grandes establecimientos industriales. Allí se ve choza al lado de choza, con compartimentos de seis esterillas, en cada uno de los cuales viven otros tantos individuos. Nada de lo que hay en la choza pertenece al inquilino; en estos parajes reina una miseria, de la que el europeo no puede formarse idea, aun cuando haya visto los distritos más desamparados de las grandes urbes. En invierno, la mayoría de estos infelices van a trabajar en las minas, donde a lo menos se preservan del rigor del frío; los más afortunados entre los que permanecen en la capital, pueden permitirse el lujo de alojarse en las casas de te, de rango ínfimo, que se titulan: «Posada con fuego y comida.»

Además de estas casas hay las barracas con 100, 50 y 30 habitaciones, si es que puede darse este nombre a una estancia con tres o cuatro esterillas (la esterilla suele tener un metro y medio de largo por 0.75 centímetros de ancho). El alquiler por semejante «habitación» varía entre 1.30 y 1.70 yens al mes. Es menester pagar cada mañana la suma correspondiente al día, si el inquilino no quiere exponerse a verse expulsado sin compasión de este paraje durante la noche, que cuando menos le ofrece abrigo contra la intemperie. En una habitación de cuatro o cinco esterillas viven a menudo hacinadas familias compuestas de siete y ocho individuos, cuya cabeza no gana más de 35 a 40 yens al día.

Entre los diferentes oficios, los más acreditados son los de carpintero, albañil y pedrero. Va bajando el número de veleros y peluqueros; en cambio va en aumento el de barberos, cocineros ambulantes y confiteros. Hasta ahora, tanto en Tokio como en todo el Japón, los hombres jóvenes y vigorosos han encontrado empleo seguro como rikshas, o sea tirando del cochecito, llamado «jinriksha». Antes no eran pocos los estudiantes que durante la noche se dedicaban a esta ocupación, a fin de poder visitar el aula durante el día. Pero durante el último decenio, el gobierno ha limitado el número de rikshas, así como el número de horas durante las que éstos pueden dedicarse a su oficio, porque la mayoría se moría a los pocos años, víctimas de la tuberculosis. Además, la instalación de los tranvías eléctricos va haciendo este servicio más superfluo de año en año.

Gracias a la enérgica iniciativa del príncipe Hatsura, se fundó últimamente la «Sociedad imperial de beneficencia» que dotará Tokio de hospitales y del servicio de beneficencia, del que está tan sumamente necesitado.

SEAMOS HOMBRES

Por todos los ámbitos de la nación española no se oyen más que lamentos de esclavos que gimen al peso abrumador de sus cadenas y, charlatanes garrruleros, cobardes o ambiciosos, que no hacen sino querer cubrir el vacío de su inteligencia y su cobardía moral con palabras retumbantes y pedantescas.

Gemidos lastimeros, arrancados por el dolor y la miseria. Elucubraciones filosóficas sociales revolucionarias. He ahí la obra de la infinita mayoría de los españoles.

Y en tanto los esclavos sucumben, transmitiéndose de generación en generación sus dolores y sus miserias; y los charlatanes se suceden vendiéndose como vil mercancía, por la mísera pitanza. La secular tiranía que nos legaron por herencia nuestros padres y abuelos sigue en pie, fuerte y avasalladora, triturando víctimas sin cesar, alimentándose con humanas piltrafas, fluctuando como fantasma aterrador por encima de un lago de sangre, envolviéndonos en una mancha horrible de abyección e ignominia, sin que aparezca por ninguna parte la acción poderosa que se necesita para demoler y crear, sin que a la acción de una tiranía brutal que flagela nuestro cuerpo y pisotea nuestra dignidad, responda, en justa reciprocidad, otra acción vigorosa que remueva la sociedad en sus cimientos, destruyendo, pulverizando un régimen cuya estructura nos oprime como un anillo de hierro.

Parece que este pueblo se haya adormecido al rumor de sus cadenas y no tiene fuerzas, más que para postrarse cara al suelo y llorar su impotencia.

Como también parece que los que, de un modo o de otro, tronamos contra un orden social, cuya base inferior es un montón de esclavos miserables y embrutecidos y cuya cúpula es un conjunto de ambiciones bastardas y miserias morales, no tenemos fuerza ni energía más que para hablar sin cesar de una transformación que jamás nos sentimos con arrestos viriles para hacerla.

Basta de gemidos impotentes, basta de charla fatua y pedante, un arresto viril y hombruno que demuestre que ha concluido la raza de los castrados, un gesto de bella gallardía que enseñe al mundo entero que somos hombres dignos y no parias viles y miserables.

Un arranque de práctica rebeldía que trasluzca en hechos nuestras palabras y el maderamen de este edificio social, corroído por la carcoma de sus monstruosas injusticias, caerá hecho polvo que arrastrarán los vientos de libertad y justicia a los inmensos abismos de donde no volverá a reaparecer.

Seamos hombres.

José Arranz.

Madrid 6, 7, 12.

Mentiras reaccionarias

Otra vez han fracasado ridículamente los monárquicos portugueses en su intento de restaurar la más inmoral de las dinastías.

Con tal motivo podemos comprobar una vez más la facilidad y el aplomo con que mienten los periódicos católi-

cos y monárquicos que por dos veces nos han dado por triunfante y restablecido en el trono al cobarde don Manuel, hijo del vicioso don Carlos y nieto de tantos reyes sin vergüenza.

Son los mismos periódicos católicos y monárquicos que durante cuarenta años nos han venido profetizando a breve plazo la caída de la República francesa y el restablecimiento del poder temporal de los papas.

La humanidad sigue una marcha progresiva hacia la libertad, la justicia y el bienestar; y así como los ríos no vuelven a sus fuentes, aunque se llamen milagrosas, tampoco las viejas instituciones podrán renacer de sus cenizas, porque las cubre el fango de las inmoralidades y la sangre de los crímenes que cometieron sus infames representantes.

Cayó la Inquisición, van cayendo las monarquías y caerán también muchas otras cosas; todas las que estorban para la felicidad de los pueblos.

Lo que no lleva trazas de acabar por ahora es el mentir de los reaccionarios, que ya no profetizan el restablecimiento del poder temporal de los papas ni la caída de la República francesa, pero que dentro de pocos meses volverán a ponderar los gloriosos triunfos de los grandes capitanes Paiva y Sepúlveda, restauradores de don Manolo el Cobarde, hijo de don Carlos el Vicioso.

Balance de una vida

Escúchame, viejo trabajador, que durante cuarenta o cincuenta años te has sacrificado en el taller, en la mina, en el terruño, en el mar, en donde sea y como sea.

Cualquier oficio tengas, y aun suponiendo que no sea de los más duros, has tenido que sufrir mucho, que tolerar mucho, que ahogar tus impulsos, unas veces de rebelión, otras de asco y fastidio.

¡Cuántas injusticias habrás sufrido! ¡Cuántas humillaciones! ¡Cuántas privaciones! ¡Cuántas horas malas!

¿No has oído decir que el capital es el fruto del trabajo, que es trabajo acumulado? Pues entonces, tú que has ido acumulando trabajo con tantas fatigas, indudablemente serás muy rico, tendrás mucho capital en tu caja de hierro. ¡Cuarenta o cincuenta años de acumulación! Sin duda no ha trabajado tanto el marqués de Comillas ni tampoco esos obispos que al morir dejan millonadas después de haber vivido con lujo escandaloso.

¿Me dices que no posees caja, ni dinero, ni pan, ni casa en que habitar y que mañana tendrás que salir a extender el brazo a los transeúntes y pedir limosna, porque ayer te arrojaron del taller para que ocupase tu plaza un robusto joven?

¡Desgraciado! Ese es el balance de tu vida.

A los catorce o quince años comenzaste a trabajar honradamente, resignadamente, gustosamente y has conservado el amor al trabajo y la resignación y la honradez durante cuarenta o cincuenta años.

Este era tu capital: honradez, resignación, amor al trabajo; de todo esto has acumulado mucho; a ver cuánto te

darán por todo ello los capitalistas que se han enriquecido con tu trabajo.

Ellos en cambio no eran honrados, ni resignados, ni amaban el trabajo; eran todo lo contrario; eran ladrones sin conciencia que acumulaban el trabajo tuyo y formaban el capital suyo; porque el capital es trabajo acumulado; tu has trabajado y ellos te han robado el fruto de tu trabajo, lo han ido acumulando junto con el de otros compañeros tuyos, y han llegado a formar un capital enorme que les permite vivir como príncipes y despreciarte a ti, con tu virtud y tu honradez.

En cambio, te daban un jornal, un mísero jornal con el que dificultosamente podías ir viviendo; con este pobre jornal tenías que mantenerte, y mantener a tu familia, vestiros, calzaros, pagar la casa, pagar al médico y al boticario y al cura, pagar impuestos y multas, escamoteando algo para vicios, porque también te enseñaron a ser vicioso, y luego ahorrar para los días sin trabajo y ahorrar para la vejez y no tener deudas.

Aunque parezca milagroso, supongamos que ahorraste, y que pusiste tu dinero en un montepío ¡Nunca lo hubieras hecho! Estos mismos señores que te predicaban cristianismo y honradez y amor al trabajo un día hicieron que quebrar al montepío y te dejaron con la libreta de la caja de ahorros en la mano. La virtud del ahorro fué muy productiva, pero no para tí, pobre obrero virtuoso, sino para los señores que te aconsejaban y que luego saquearon el montepío.

El caso es que te han echado del taller porque eres viejo, porque ya no pueden explotarte más, y que te hallas en la calle sin dinero, sin fuerzas, sin abrigo, sin pan y con una ley que te prohíbe pedir limosna.

Este es el balance de tus cuarenta o cincuenta años de trabajo, de virtud, de honradez. ¿Qué más te hubiera ocurrido si hubieses sido rebelde, discoló, si hubieses trababajado por la revolución?

¿Te habría expulsado antes tu burgués? ¿Y qué? Antes eras joven, eras fuerte, hubieras podido vivir en cualquier parte y seguramente no estarías peor que ahora.

Porque eres dócil, por resignado y prudente, ha esperado a despedirte ahora, cuando ya eres tan viejo que para nada sirves. ¡Ya puedes estarle agradecido!

Contempla tu vida, infeliz obrero; piensa en los años de tu juventud, perdidos para tí, porque todo tu esfuerzo lo pusiste al servicio del burgués; piensa en tu mujer que murió anémica, sin medicinas, sin cama, sin asistencia; piensa en tus hijos que te quitó la patria; piensa en tus hijas que sedujo el hijo del burgués y cuyo paradero ignoras; piensa en tu honradez, en tu resignación, en tu amor al trabajo... ¿De qué te ha servido todo ello?

El cura te dijo que hace muchos años vino un Mesías para redimirte. ¿De qué te redimió el Mesías, viejo trabajador?

El político te predicó que amases la patria. ¿De qué te ha valido la patria?

También te enseñaron a respetar la propiedad y la autoridad y el orden. ¿De qué mal te libraron y qué bienes te produjeron todas estas cosas?

Mañana saldrás a la calle, te colocarás en una esquina y verás pasar indiferentes por delante de tu brazo extendido y de tu mano abierta a los que has enriquecido con tu trabajo, al sacerdote que te predicó la resignación y a la autoridad que siempre has respetado. Procura no importunarles, porque te llamarán perdido y te aplicarán todos los rigores de la ley de vagos; porque según la ley tu serás un vago y los que te robaron son ciudadanos influyentes.

Lo más que te permitirán es que llores en silencio y que te mueras de hambre sin quejarte.

Llora, pobre viejo, llora; pero no te quejes, porque de todos tus males no tiene la culpa el burgués, ni el cura, ni el político; la tienes tú solamente; pues con tu amor al trabajo has enriquecido al burgués y éste ha pagado al político y al cura para que te engañasen; con tu resignación has dado fuerzas a tus enemigos.

Llora, pobre viejo; pero no te quejes, porque para tí ya no hay remedio. Tus males sólo podrá curarlos la rebelión y para tí ya es tarde.

Menos mal si con tu ejemplo escarmentan los jóvenes que comienzan a vivir y que conservan íntegro el tesoro de sus energías.

Tú has malgastado ese tesoro en el trabajo, en provecho del burgués; aprendan ellos a emplearlo en beneficio propio y de toda la clase trabajadora.

Lucifero.

Sobre los ferroviarios

No he dicho nada sobre el Congreso que los esclavos de la vía de España han celebrado en Madrid los días 24 al 29 de Junio, por carecer de información exacta y falta material de tiempo.

Hoy poseo esas informaciones; los órganos ferroviarios de la sección catalana y de Madrid que traen los acuerdos, cartas de entidades y ferroviarios auténticos pidiéndome apriete sobre las anomalías mil que cierto elemento más o menos obrero ha cometido, y hasta conozco el incidente ocurrido en Miranda entre el obrero ferroviario auténtico Iglesias y el artificial ferroviario y hasta artificial obrero Perezagua.

Yo no encuentro nada de anormal en ese Congreso. Lo ocurrido está en relación con la mentalidad de sus componentes. En realidad no puede decirse que ha sido un congreso de ferroviarios, sino un congreso en el que se ha asociado a los ferroviarios. En efecto, de 125 delegados sólo 18 eran ferroviarios y estos 18 no pudieron hacerse oír.

Que los socialistas han hecho esto y lo otro, bien; ¿y a quién culpar?

Para mí son los únicos que han cumplido con su deber. Han llevado el agua a su molino y esto es plausible. Yo les felicito. Yo no comprendo un hombre cuyos escrúpulos le impidan aumentar prosélitos.

¿Se quería que se crease una federación libre, sin ingerencias, capaz de arrancar mejoras en poco tiempo a las Empresas? Esto sería desear que el niño que no se tiene de pies corra. Las huelgas ferroviarias de Francia e In-

laterra, han despertado en los ferroviarios españoles, tal vez los más esclavos, los que más trabajan y menos ganan anhelos de mejora. ¿Cómo mejorar? Por la unión. Y la unión para la gran mayoría de los ferroviarios españoles consiste en pagar una cuota y ser un número en el sindicato. Con esto creen que mejorarán. Cuando se convengan que no se mejora por cotizar con regularidad dejándose dirigir por hombres que, aun poseedores de vastos conocimientos sociales y llevados de buena fé, desconocen las necesidades de la profesión; cuando se cansen de esperar mejoras, concedidas graciosamente por influencias extrañas; cuando el roce de la unión les dé algo más de luz, entonces cogerán sus intereses en manos propias y tratarán como merecen a sus engañadores. Confiamos en que los ferroviarios españoles sabrán dentro de poco dirigir solos sus intereses y no vocearán su incapacidad mucho tiempo, porque celebrar un congreso en el que 107 delegados eran ajenos a la profesión, los que obstruyeron la labor de los 18 verdaderos representantes, es reconocer la incapacidad de los mismos.

Si quieren sincerarse tienen un medio: o desaprobar algunos acuerdos o revocarlos.

No tienen los delegados auténticos ferroviarios que lamentar los acuerdos y quejarse de la obstrucción de que fueron objeto por parte de los delegados *extraños*. Una de dos: se aprueba o no lo acordado. Si se aprueba, nada a decir; si se desaprueba ¿a qué fin lo firmaron con su presencia? Cuando vieron que sus co-delegados no eran profesionales, que les guiaba un fin político, que les obstruían, una sola puerta les quedaba: retirarse. Retirándose los delegados auténticos, los otros quedaban inutilizados, no podían tomar un solo acuerdo, ni el de formar la Federación.

Yo no creo que la ignorancia hubiera adquirido los osados límites de consentir el retiro de los verdaderos representantes; y de consentirlo, peor para ellos.

Yo no puedo censurar el ingreso en *La Unión General*. Creo que es perder tiempo y dinero pertenecer a una Unión cuya reglamentación no responde a las circunstancias, pero prefiero que pertenezcan a que no estén organizados.

Si los ferroviarios despiertan y saben defender sus intereses, los moldes de esa Unión serán modificados. Al fin ellos son los amos de la Unión. Cuenta la *Unión General*, sobre 40.000 miembros; cuenta la *Unión ferroviaria*, sobre 70.000. Si la Unión no reforma sus moldes, será porque los ferroviarios no sabrán ir más lejos, y creo que por algún tiempo no sabrán, ya que su incapacidad actual está manifiesta, al saber que en su primer congreso, de 125 delegados sólo 18 eran ferroviarios. Si hubieran estado capacitados para defender sus intereses, los 125 delegados hubieran sido ferroviarios y los acuerdos diferentes. Nosotros no podemos cambiar el curso del tiempo, que haga buen o mal tiempo a

nuestro gusto, y por esto reconocemos que lo ocurrido es lógico.

Más interés que nosotros deben tener los ferroviarios en que su incapacidad no continúe.

García.

ES NATURAL

Cuentan del cardenal Sancha que cuando era obispo de Madrid se le presentó un devoto diciéndole:

—Señor obispo ¡asómbrese! En el convento tal, la monjita cual se ha hecho muy amiga del capellán Zutano... ¡y asómbrese!... ¿sabe qué ha ocurrido?

—Si es cosa asombrosa, contestó el obispo, ya lo sé: que el capellán está embarazado.

—No, dijo el devoto; él no; ella, la monja.

—¡Acabáramos! Pues esto no tiene nada de asombroso, es cosa muy natural.

ACTOS CIVILES

Nos escriben de Paterna de la Rivera participándonos que los curas de dicho pueblo están rabiosos porque los compañeros María Villaga y Martín Menacho no han querido aplicar el renojón bautismal a una preciosa hija que han tenido hace muy pocos días y que ha sido inscrita en el Registro Civil con el nombre de Ana.

En Villa Carlos ha sido inscrita también una hija de nuestros estimados amigos Eulalia Mari y Ricardo Carsi.

A la niña se le ha puesto el bonito nombre de Minerva.

Los amigos Mariana Carreras Vidal y Cristóbal Vidal Anglada se unieron civilmente, sin necesidad de acudir a que los curas les dieran su consentimiento.

Cada día es mayor el número de los que se deciden a librarse de la intervención religiosa.

Correspondencia

Barcelona.—Juventud Ideal.—Recibidas 12'80. Liquidado hasta el 311 inclusive.

Palamós.—Hacia la Anarquía.—Recibidas 5 pesetas.

Alcoy.—J. E.—Recibidas 1'20.

Fetani.—C. M.—Recibido 1 peseta.

Felanix.—Centro de Albañiles.—Recibido 1 peseta.

Castro del Río (Córdoba).—A. P.—Cambiamos dirección. No hemos recibido nada.

Barcelona.—A. E.—Escribimos.

Alayor.—Corresponsal.—Recibimos 19'60. Aumentamos paquete.

Paterna de Rivera (Cádiz).—Recibidas 4 pesetas. Hacemos el cambio.

EL DERECHO A LA SALUD.—Interesante conferencia leída por Anselmo Lorenzo en el Ateneo Barcelonés.—10 céntimos.—Los pedidos a *Tierra y Libertad*, Cadena 39, 2.º 1.ª, Barcelona.

Biblioteca Acción

Colección de hermosos folletos admirablemente presentados, a 10 céntimos.

Tenemos existencia de los siguientes:

SEBASTIÁN FAURE.—«Contestación a una creyente».

ARISTIDE BRIAND.—«La huelga General».

Serviremos los pedidos que vengan acompañados de su importe.

«Tipografía Mahonesa», Pi y Margall, 25.

EL PORVENIR DEL OBRERO

PERIÓDICO SEMANAL

CONDICIONES

Suscripción Trimestre 1 pta.
Paquete de 25 ejempls. 75 céntos.
Número suelto 5

OBRAS ESCOGIDAS que pueden adquirirse en la "Tipografía Mahonesa", Pi y Margall, 25.

A 50 céntimos

¿QUÉ ES EL CIELO? C. Flammarion.

PSICOLOGÍA DE LA REVOLUCIÓN, P. G. Proudon.

EL LIBERALISMO CLERICAL, Ernesto Renán.

OPINIONES, Federico Nietzsche.

DEMASIADAS LEYES, Herbert Spencer.

EL ESTADO, P. Kropotkin.

LA JUSTICIA, Mauricio Maeterlink.

EL PORVENIR DE LA RAZA BLANCA, J. Novicow.

A 75 céntimos

ANÁLISIS DE LA CUESTIÓN DE LA VIDA, A. Pellicer Paraire.

A una peseta

LA CONQUISTA DEL PAN, Pedro Kropotkin.

EL ARROYO, Elíseo Reclus.

APOLOGÍA DE UN INCREDULO, Luis Viardot.

ALMA SOCIAL, Sebastián Gomila.

EL MISTICISMO MODERNO, E. Troilo.

LA AURORA DEL SIGLO, Luis Büchner.

EL FUNDAMENTO DE LA MORAL, A. Schopenhauer.

ALMA RELIGIOSA, S. Pey Ordeix.

RETRATO DE LA COMPAÑIA LLAMADA DE JESUS, J. A. Torres.

LA FAMILIA LIBRE, Leopoldo Bonafulla.

CONSERVACION Y REVOLUCION, E. Littré.

LOS PRIMITIVOS, E. Reclus (dos tomos).

A 3 pesetas

DEL CAUTIVERIO (El libro de la vida trágica), M. Ciges Aparicio.

A 3'50 pesetas

LAS IDEAS MODERNAS SOBRE LOS NIÑOS, Alfredo Binet.

DEL HOMBRE A LA CIENCIA, Félix le Dantec.

CIENCIA Y RELIGIÓN, Emilio Boutroux.

«Tipografía Mahonesa», Pi y Margall, 25.—Mahón.